

de una melancolía ambiental, de una impotencia histórica: una mujer busca al hombre que ama en los duros tiempos de la primera posguerra, en un ambiente sórdido, frío, inhumano. Su aventura (su pasión, más bien) tendrá el decorado terrible de las depuraciones, del control, de la angustia. Aunque su sentimiento no tenga relación alguna con la situación política, ésta pesa palpablemente en cuanto le ocurre. Una situación histórica que determinará ese sentimiento y, por supuesto, el desarrollo de su vida posterior. Sin embargo, lo inteligente de Mario Camus es haber combinado en su película esa situación ambiental con la sensibilidad de su protagonista, dando prioridad absoluta a sus emociones. Una forma de ver nuestra posguerra lejos de los alegatos en primer grado, de los maniqueísmos, aunque posiblemente justos, tan difíciles de soportar hoy en el cine. En ese sentido, "Los

la película, lo que puede apreciarse en el esfuerzo (y el acierto) del grupo colaborador de Mario Camus, desde Hans Burman como jefe de fotografía a Antón García Abril en la música, Rafael Palmero en la decoración o Javier Artífano en los figurines, sin olvidar al conjunto de actores —unos mejores que otros, pero todos prendidos de ese ambiente, de esa melancolía, de esa protesta que "Los días del pasado" eleva a primer plano.

Quizá este comentario se exceda en calificativos (y dicen los sabios doctores de la crítica que ello es impropio); en ese caso, lamento lo que no sea correcto. De cualquier manera, ninguna fórmula disminuirá lo que, al menos en mi caso, es un entusiasmo casi febril por esta película extraordinaria que seguramente pasará sin pena ni gloria por las pantallas madrileñas debido a la torpeza de sus intermediarios y la difícil com-



"Los días del pasado", de Mario Camus.

días del pasado" tiene algo que ver con "El espíritu de la colmena", donde igualmente la época de la posguerra parecía no tener una importancia decisiva y donde, no obstante, decoraba espléndida y justamente la pequeña acción de su niña protagonista.

Pero es obvio que la película de Camus no se limita a ser esa posible crónica política, aun siéndolo. Su historia va aún más allá: es la de cualquier amor frustrado, la de cualquier clandestinidad, la de cualquier amargura. Las relaciones sentimentales del personaje interpretado por Marisol están vistas con el rigor y la sensibilidad suficientes como para conformarse como testimonio y reflexión de muchas otras. Y no hay historia de amor que se desvincule de su entorno. Este punto de vista determina toda

potencia erótica de la cartelera. Si no ha quedado suficientemente claro, recomiendo efusivamente "Los días del pasado". Si no es lo mejor que hoy puede verse, hay que verla de todas formas. ■ DIEGO GALAN.

ARTE

En otros tiempos de los que yo aún guardo memoria, el nombre de una galería como esta de Kandinsky, a cuya obra expuesta quiero referirme ahora, tendría ya en sí mismo una connotación polémica. Ahora no. Ahora, la batalla que Kandinsky tendría que haber libra-

do con su actitud, ya está ganada. ¿Está ganada en qué sentido? Porque entro en esa galería, por ejemplo, a ver la exposición que tiene abierta ahora, la del argentino Pont Vergés, y la verdad, allí no se advierte ninguna actitud estética, ni siquiera lejanamente parecida a la que tuvo el gran maestro ruso en los momentos iniciadores de la abstracción. Pero es igual. Yo veo la exposición y ni siquiera me sorprende ninguna actitud o posición contradictoria. ¿Será que estoy invadido y lo ha invadido todo un inusitado liberalismo? No, no es eso. Es que la polémica que sólo el nombre de Kandinsky suscitaba, hace no mucho más de veinte años, ya no puede tener lugar. Es que su batalla está ganada. ¿Está ganada en qué sentido? Porque, si se entra en la exposición actual de la galería, la de Pont Vergés, se diría todo lo contrario. Pero no. Es que la batalla ganada por Kandinsky es otra. Kandinsky, como los maestros de Pont Vergés, la batalla que ganó fue la de la libertad del arte. Eso ya lo sabemos todos: cualquier arte es válido y puede estar en la vanguardia.

Pont Vergés Galería Kandinsky. Madrid

¿Quién será ese catalán que está exponiendo en Kandinsky y que yo no conozco?, me dije cuando vi el anuncio de su exposición. ¿Cómo está Barcelona?, le pregunté al saludarle. Y él: "Magnífica. ¡Qué ciudad tan hermosa!". Ya me extrañó: los catalanes quieren mucho a su país, pero no son agentes de turismo. ¿Pero usted no es catalán? "No. Yo vivía en Córdoba...". ¿En Córdoba? ¡Qué andaluz tan raro!, pensé. "... pero en realidad —continué—, yo soy de Corrientes, y ahora vivo en Buenos Aires". Comprendí de pronto. Luego me explicó que, sí, ha ido a Barcelona para conocer la ciudad de sus mayores y todas las otras cosas que ya sabemos. Del catalán sabe algo que le oía a su abuelo... Esos son los personajes del mundo hispánico que a mí tanto me interesa.

Pero vuelvo a la pintura, que es a lo que iba. Pont Vergés (creo, no me atrevo a asegurarlo, que su nombre de pila es Pedro)... Pont Vergés es un realista. En este caso no discuto nada la denominación, como se la discuto a los "hiper" y a los mágicos. Es un realista con premeditación y alevosía, sin ninguna restricción por mi parte. Y no trato de establecer con



"Encuentro fortuito en el basural", acrílico, de Pont Vergés.

ello ningún tipo de categorización distintiva, no. Quiero simplemente dejar establecido que, en su caso, lo que busca y lo que le interesa es la realidad y no el "realismo": la realidad de las situaciones vitales y no el "realismo" de las cosas fantasmales; la realidad según la cual un hombre o una cosa saben crear, por efecto de su misma presencia, asociada o no a otra cosa, y asociada por supuesto con su situación, el clima y la acción real de la que el pintor quiere hablarnos. Insisto: Que no, que no estoy tratando de establecer a favor de este "realismo" una categorización, contra el otro, que a mí tanto me place. Que no, que no es eso. Lo que pasa es que por aquí veo yo mucho más el "realismo" que por el otro lado, por donde veo más investigación mágica que otra cosa.

Pont Vergés tiene, además, el sentido dramático de la situación que describe. Toda situación es un drama, podría decirnos él. Pero acaso por esa punta dramática de figuración es por donde yo le encuentro más acusadamente que en otras descripciones su dimensión "realista". Porque, no cabe duda, el realismo, el verdadero realismo, hay que deducirlo mucho más de una actitud ante la vida que de una actitud ante la posición de la pintura. No deja de ser curioso ver la exposición de Pont Vergés apoyándose en la libertad del arte que suscita y concibe el nombre de Kandinsky. Pero eso está muy bien. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

Caneja: el paisaje sometido a la forma

Si yo no conociera personalmente al pintor Juan Manuel